

Movimiento Internacional ATD Cuarto Mundo. Alex BEGAY, Naciones Unidas, 17 de octubre de 2017, francés

YA'AT 'EEH.

Me llamo **Alex Begay** orgulloso de ser ciudadano y de pertenecer a la Nación Navajo. Soy de Gallup, Nuevo México. El clan de mi madre se llama Honeycomb Rock, y el de mi padre, Bitter Water. El clan de mi abuelo paterno se llama Towering House.

Crecí en la pobreza. Mi madre murió cuando yo era muy joven, no tengo ningún recuerdo de ella. Mis hermanas, mis hermanos y yo mismo sufrimos la separación de nuestros padres. Mi padre se volvió a casar cuando yo tenía diez años. Pero poco después, paso un tiempo en prisión y confiaron la custodia a mi madrastra. La quiero como si fuera mi propia madre. Para poder cubrir nuestras necesidades tenía que realizar dos empleos y para ella era difícil mantenernos en su casa en permanencia. Internó en un centro de menores a la mitad de los hermanos.

Viví interno en un centro de menores desde los 13 a los 17 años. En la escuela secundaria, no podía soportar que acosaran o se burlaran de los demás. Entonces, los defendía. Me las arreglaba para ganarme la amistad de quienes pudieran necesitar mi ayuda. A veces iba a casa de un amigo y le preguntaba si quería pasar tiempo conmigo. Entonces me invitaba a su casa, y si hacía frío, me podía calentar. Esto simplemente por puro amor y consideración. Me preguntaban si tenía sed o hambre, y me ofrecían hospitalidad. En mi cultura, es la manera de mostrar respeto por la otra persona. E incluso, cuando te llaman «Shi Yahzi», «mi pequeño», tiene un gran significado. Me gusta el sentimiento de ser aceptado.

Ahora, yo mismo pongo en práctica esta generosidad hacia los demás, incluso para un extranjero que puede haber sufrido una expulsión o que ha perdido a su familia. Me entristece cuando las personas son ignoradas. La mayoría de las personas dirían: «No tienes más que encontrar un trabajo», pero realmente, no hay trabajo, o tu formación no te permite encontrar un empleo. Sé lo que es eso. Por eso, Lucretia y yo ofrecíamos sándwiches, en la calle, a personas que pasaban hambre. Lo poco que teníamos, lo ofrecimos y lo compartimos. Sé lo que significa no tener nada en absoluto. Es la forma que tengo de devolver a mi comunidad.

Lucretia es mi pareja, tenemos dos hijos. La vida sigue siendo difícil. Incluso con el salario mínimo, no se puede ganar suficiente dinero para alquilar un apartamento. Hemos vivido en moteles, en casa de amigos y familiares, pero vivíamos hacinados. En los centros para personas sin hogar, tienes que estar casado para poder compartir un mismo cuarto. No queríamos estar separados. Las familias deberían tener derecho a permanecer juntas.

Cuando intentamos pedir ayuda, encontramos muchos obstáculos que complicaron mucho las cosas. Necesitábamos un historial médico, antecedentes judiciales, un carné de vacunación. Siempre había una lista de espera. Una vez que obteníamos el acuerdo, aún teníamos que esperar algunas semanas o meses para obtener la ayuda, cuando nuestra necesidad de ayuda era extrema y urgente.

Entonces, nos trasladamos a la casa de los abuelos de Lucrecia, fuera de la ciudad. Se trataba de una casa con una sola habitación, sin electricidad y sin agua corriente, el piso no contaba con ningún tipo de revestimiento. Pero fue una experiencia magnífica para nosotros. Finalmente teníamos un lugar al que podíamos llamar «nuestro hogar». Esto duró algunos meses, pero allí no nos sentimos seguros. Intentaba darle a mis hijos una sensación de paz y de seguridad, incluso si vivíamos en un ambiente de inseguridad.

Mi familia conoció ATD Cuarto Mundo en el «Huerto de Cuentos». Que es una actividad semanal para niñas, niños y sus familias en la que comparten momentos de aprendizaje como la lectura. Vinimos con nuestra propia historia. El Huerto de Cuentos me hizo pensar que nuestra familia, en sí misma, es como un huerto. Lucrecia y yo, como madre y padre, somos la tierra del huerto. Hemos tenido que trabajar la tierra para que estuviera mullida y hemos quitado las piedras de nuestras vidas antes de poder sembrar las semillas, que son nuestros hijos. Quiero que mis hijos aprendan y crezcan, a pesar de todas las dificultades y los momentos difíciles. Se necesita mucha paciencia, cuidado y responsabilidad para que el huerto florezca. Se necesita la luz del sol y agua para que el jardín prospere. Las malas hierbas deben eliminarse para que se hagan más fuertes y para que nuestro jardín florezca y dé fruto. Todos somos seres humanos, independientemente de nuestro origen étnico.

Todas las personas, en nuestra vida, encontramos dificultades, ya sea en una reserva o en la gran ciudad. Quiero dar mucho ánimo a otras familias para que se mantengan firmes.

Estamos luchando para lograr vivir nuestras esperanzas y para que nuestra esperanza de paz se haga realidad.

Gracias.